

La no violencia tolstoyana

La mirada de nuestro tiempo

DR. Boris Koval

Doctor en Historia. Exdirector del Instituto de Politología de la Academia de Ciencias de la URSS y del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de Rusia. Director del Centro de Investigaciones Civilizatorias Comparadas de la Academia de Ciencias de Rusia, Especialista en Latinoamérica.

centro mundial de estudios humanistas

perspectivas humanistas

Anuario 1996

"El mundo entero pertenece al maligno" - dice la primera carta de Juan (Jn. 5, 19). Verdaderamente, aquel ser terrenal, en el cual están todos los hombres vivos, contiene varias manifestaciones del mal, tales como las guerras, violencia, discriminación, enfermedades, sufrimientos, bandolerismo, embriaguez, lujuria, envidia y demás bajezas e imperfecciones, cometidas por los mismos seres humanos. Además, suceden inundaciones, terremotos, huracanes y otros cataclismos. Tropezamos también con catástrofes de barcos y aviones, con incendios.

Según el criterio religioso todas estas y otras desgracias son subterfugios del diablo, "príncipe de este mundo" (Jn 12,31), él encegueció a los seres humanos y envió a la Tierra los males y los vicios. Otra versión de esta doctrina atribuye estos males a la libertad del ser humano, a sus deseos energúmenos, su falta de fe, sus desviaciones, su naturaleza pecaminosa. "Pues del corazón salen los malos pensamientos: homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias. Esas son las cosas que ensucian al hombre" (Mt 15, 19-20).

Así, la causa del mal parte de Satanás o del hombre mismo. En ambos casos, Dios no tiene nada en común con el mal, porque actúa de un modo espiritual y no de un modo mágico. Dios no gobierna en el mundo pecaminoso, que cae en las tinieblas externas. Nicolás Berdiáev dice: "Dios no dispone de poder alguno. Tiene menos poder que cualquier policía... La relación con Dios no es dependencia para el hombre, sino su libertad".

No vamos a polemizar aquí al respecto de la teodicea. Pero el cristianismo cree que todo el mundo yace en el mal.

Pero existe otro mundo, el mundo espiritual, el mundo de la relación con Dios. Es el mundo de la alegría, de la veracidad, del amor a Dios y al prójimo, de la

aspiración a la verdad, el bien y la belleza. Luego, no sólo el mal está en el mundo. El bien está presente en el mundo. Amor y creación, amistad y ayuda mutua, respeto y preocupación por los minusválidos, honor y valentía, abnegación en la lucha contra el mal, las artes, llenan al ser humano de un sentido noble y luminoso. Precisamente el Bien eleva al ser humano, sacándolo del pantano del Mal que trata de hundirlo. Pero "se alejan las tinieblas y la Luz verdadera ya alumbra" (Jn 2, 8).

El mundo vive simultáneamente en el Bien y en el Mal, o sea en la lucha eterna entre ellos. Esta lucha nos hace avanzar, concede al ser espiritual y ético de cada uno determinado sentido humano, incluso a veces demasiado humano, al decir de Nietzsche, o demasiado no-humano. El Bien y el Mal no son símbolos o espectros abstractos. Son estímulos reales y fuertes de nuestra alma, nuestra conciencia y voluntad, nuestras intenciones y ambiciones. La lucha entre el Bien y el Mal no se realiza en los cielos, no fuera de nuestra casa, sino en nuestro propio corazón, en nuestra conciencia. Quizá, nace y se desenvuelve inconscientemente, o bajo la influencia de los afectos e instintos. De todos modos, es una lucha interna y no externa. Tiene manifestación externa, pero su fuente radica dentro del ser humano.

Desde luego, en la sociedad actúan diferentes personas y no todos son culpables en la extensión del mal, pero todos sufren sus consecuencias, al fin de cuentas. Así surge la necesidad común e individual de la lucha contra el Mal, por la afirmación del Bien, la necesidad de la depuración del mundo de las mortíferas manifestaciones del Mal. La forma suprema y la victoria del Mal es la muerte. La forma suprema e invencible del Bien es la misma Vida. Tal enfoque es propio a la religión y a la práctica cristianas. Para el budismo las determinaciones valorativas de la vida y la muerte cambian de lugar. Pero aquí hablamos de la actitud del cristianismo occidental ante la vida como fase superior y forma del Bien. Todo aquello que perjudica la perfección absoluta y plenitud de la vida es el Mal. Por eso la tarea consiste en resistir a la libertad del Mal, actuar a favor de la libertad del Bien y su extensión. Pero cabe la pregunta, ¿cómo resistir? ¿Qué medios pueden ser utilizados y deben utilizarse en la lucha contra las manifestaciones concretas del mal?

En distintas épocas, los pensadores daban diferentes respuestas a esta pregunta. Al comparar varias religiones y experiencias de los pueblos encontramos un gran abanico de opiniones. Aquí concentramos la atención en las tradiciones del mundo cristiano. Si volvemos la mirada a los textos bíblicos, vemos la diferencia de principios entre el Viejo Testamento y el Evangelio. Más bien, se trata de la dinámica del pensamiento y la acción. En el segundo libro de Moisés, el "Éxodo", se dice: "Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, cardenal por cardenal" (Ex. 21, 24-25). Aquí se trata de pagar con el mal por un mal causado (Dt 19,21).

Pero contrariando a los viejos cánones judaicos Cristo cambia de repente todo el enfoque del castigo del mal. Por vez primera se presenta al primer plano no sólo la realización del castigo justo por el mal ya cometido sino también el problema de no cometer un nuevo mal en perspectiva: "Oísteis que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Mas yo os digo que no hagáis frente al malvado, si uno te abofetea en

la mejilla derecha, vuelve también la otra... amad a vuestros enemigos" (Mt 5, 39-40).

Este llamamiento de Cristo era atacado con mucha frecuencia, se ridiculizaba y hasta se presentaba la acusación de acceder al mal y a la violencia. A nuestro entender, el sentido del consejo de Cristo consiste, en primer lugar, en romper el círculo vicioso de las malicias, iniciado por uno, multiplicado por otro y así continuado sin fin. En segundo lugar, Cristo llama a ambos, al culpable y a su víctima, a la superación interna de la agresividad y de la imperfección para emprender el camino de la bondad, como único camino a la salvación futura, que permite entrar al Reino de los Cielos: "Bienaventurados los que hacen obra de paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios" (Mt 5,9).

Así el castigo por el mal cometido será inevitable y justo, pero lo realizará Nuestro Señor. Sólo de este modo se puede minimizar el volumen general del mal en la vida terrenal y pecaminosa, salvar la Bondad de la participación en la Maldad. He aquí por qué san Pedro, siguiendo a Cristo en su primer mensaje conciliar, dice: "No devolváis mal por mal" (Pe 3,9). El apóstol Pablo en su carta a los romanos dice; "No te dejes vencer por el mal, antes vence con el bien al mal" (Rom 12, 21). Pablo negó una condena de que él mismo, en su lucha contra el mal, "haga el mal para que resulte el bien" (Rom 3,8).

Precisamente este terrible dilema desgarró la conciencia ética de cada ser normal, que trata de resistir el mal, pero no desea participación directa o indirecta en alguna otra forma del mal. Pablo en su carta a los galatas dice: "Si vivimos por el espíritu, sigamos al espíritu; no seamos vanidosos, provocadores, envidiosos (Gal 5, 25-26).

Esta verdad puede ser expresada de otro modo. Si vivimos según las leyes de la alta moral humana, debemos proceder según la moral. Si nuestra moral rechaza el mal, estamos obligados a no participar en el mal, aunque sea en la lucha contra un mal mayor. ¿Acaso sea admisible cierta coparticipación en el mal para la victoria del bien y la erradicación del mal? He aquí la pregunta, a la cual es necesario dar respuesta.

Aquí nos acercamos, por fin, al tema principal de nuestro ensayo: el análisis de la posición moral respecto del bien y del mal que ocupaba el gran filósofo y escritor ruso León Tolstoy (1828-1910). El formuló su credo de un modo breve y exacto: no resistir al mal con la violencia. ¿Pero, de qué se trata? ¿Cómo entender y apreciar esta orientación desde las posiciones contemporáneas, desde las posiciones del Nuevo Humanismo?

León Tolstoy nos enseña a no utilizar la violencia contra el mal. Pero ¿cómo se interpreta la violencia? ¿Qué se entiende por mal? ¿Acaso no se trata de una peculiar forma de resistencia? ¿O se trata de la completa capitulación ante el mal? ¿Coincide el llamado tolstoyano con la prédica de Cristo, o de San Pedro, o de San Pablo? ¿La posición de Tolstoy, es auténticamente cristiana o tiene un sentido peculiar? Por lo visto, no fue casual la actitud del Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa que calificó a la posición de León Tolstoy como incompatible con el

cristianismo oriental. ¿Por qué? ¿Cuál era el pecado del gran escritor? ¿En qué consistía su error "anticristiano"?

He aquí las preguntas a responder.

Debemos comenzar la solución a estos problemas abordando la cuestión de la llamada "religión de la razón", que trataba de fundar León Tolstoy en las ruinas del cristianismo castrado por él mismo. El creía en Dios, pero no en el Cristo. El creía "en Dios como Espíritu, Amor, Principio de todo" y veía a Dios en todo: en la naturaleza, en la vida, en el cosmos, en el bien. Tolstoy era panteísta y pagano, pero su moral la tomó de Cristo. Siguiendo el ejemplo de Lutero, Tolstoy quiso realizar su reforma del cristianismo oriental, pero de un modo distinto en principio. El pretendió limpiar la religión, depurándola de la mística y los sacramentos, de la fe en Cristo vivo, en la eucaristía, la comunión, en todos los milagros, tales como la resurrección, la ultratumba, etc. Tolstoy quiso unir la fe con la razón y el sentido común, con la moral natural común.

El concebía a Cristo no como a un Dios, sino como ejemplo de la perfección moral, del auténtico amor. Pero de todo el amor divino Tolstoy tomó tan sólo su manifestación platónica y no carnal, precisamente el amor fraternal. Más que todo le gustó la siguiente declaración de Cristo: "Mayor amor que éste nadie tiene: dar uno la vida por sus amigos" (Jn 15,13). Mejor aún sonó la confesión de San Pablo, que estaba dispuesto a donar su vida para la felicidad de los otros: "Siento una pena muy grande, un dolor incesante en el alma: yo por mis hermanos, los de mi linaje, querría estar excluido de la compañía del Mesías" (Rom 9,3). Pablo habla sobre los hermanos de sangre, los israelitas, y no sobre los amigos, pero Tolstoy adivinaba en esto al amor fraternal.

Al comienzo Tolstoy identificaba a Dios con todo lo visible y lo invisible, luego con el Bien y, por fin, con el amor fraternal. De aquí al ateísmo quedaba sólo un paso. Pero uno sacrifica todo en bien de los amigos y hermanos. "Nuestra vida - dice León Tolstoy - no es otra cosa que la inclinación hacia el bien, es decir hacia Dios". "La vida fraternal de todos los seres humanos", "Nuestra unión amorosa entre todos compone a nuestro bien: material, espiritual, individual y general, temporal y eterno".

Antes este tema lo planteó Ludwig Feuerbach, pero éste priorizaba al amor carnal entre el hombre y la mujer. Tolstoy veía en este amor tan sólo el pecado y por eso tomaba por base al "amor fraternal". Se trataba de la bondad casi angelical, de un amor asexual, sin los menores rastros de mal y egoísmo. Es decir, se trata de la completa disolución de una personalidad en la otra, pero no en un acto sexual, sino en el sentimiento de la unión fraternal, del altruismo hermano.

Así, en perspectiva, se puede, según Tolstoy, llegar a un "comunismo libertario". El camino hacia este objetivo se abre precisamente a través de la no resistencia al mal por medio de la violencia, en el aspecto moral. De este modo se realizará una reducción gradual del campo del mal y una ampliación del espacio del bien.

Algunos vieron en la teoría tolstoyana de la no resistencia cierta similitud con el alejamiento budista del mal y del bien, cierto neutralismo. Lo esencial es no hacer nuevo mal, mientras se pueda soportar el mal ya hecho. No cometer nuevo mal quiere decir no ejercer violencia, porque esta última es el mal químicamente puro. Tal posición se asemeja sorprendentemente al principio de ahimsa budista, la no violencia física respecto a todo lo vivo, sea el gusano o el hombre. Desde luego L. Tolstoy no es budista sino cristiano y, más bien, sigue por la línea del "Eclesiastés" y no por el camino de Buda. "Todo tiene su tiempo y razón... tiempo de amar, tiempo de odiar; tiempo de guerra, tiempo de paz" (Ecl 3,8). Y después dice: "Vale más maña que fuerza... Más vale maña que armas de guerra" (Ecl 9, 16-18).

Acaso así razonaba también León Tolstoy. Tal era el contenido de su tesis de la resistencia audaz y sabia, he aquí lo que puede vencer al mal. ¿Y si la misma no resistencia por medio de la violencia vuelve a ser el mal mismo? ¿Acaso no se convierte en simple ausencia de la acción, contemplación pasiva y conciliación tácita con el mal, cometido ante nuestros ojos? Se puede predicar ante un violador, ¿que está torturando a su víctima? ¿Se puede esperar una reeducación moral del violador por medio de la mera actitud amistosa nuestra hacia él? Suponer como real esta metamorfosis, esperarla, sería exhibir la calidad de moralista ingenuo y tonto. ¿Pero el sabio Tolstoy, era tan ingenuo? Sería absurdo considerar que cada mal causado muera inevitablemente si no provoca respuesta alguna. Más bien, en este caso recibe un estímulo para su continuación. Desde luego, Tolstoy comprende esto y no predica algún tipo de perdón general. El quisiera tan sólo alejar a una persona concreta, a sí mismo, a mí, a nosotros, del mal, aunque esta intención se justifique con mejores razones. Es decir, su maximalismo moral une el fin y el medio, coloca al medio en dependencia respecto al fin y al principio.

En la filosofía de Tolstoy se entremezcla todo: la idea cristiana del amor hacia el enemigo y no sólo al prójimo; el alejamiento budista del bien y del mal; la visión tolstoyana de la salvación individual ahora, en esta vida, en vez del bienestar celeste ultraterrenal; la absolutización del amor fraternal humano. Tolstoy tomaba la moral en su forma pura, al comprender que lo debido no puede ser lo substancial, que el ser puede mejorarse bajo la influencia del deber. No fue un político práctico, sino un filósofo moralista. El no elaboraba normas de autodefensa, sino que pintaba un cuadro moral abstracto del estado psicológico emocional del hombre abstracto, que se topa con el mal abstracto. No tendría sentido reprocharle por tal enfoque del problema. Podemos decir que ante nosotros está una utopía de turno, pero es una utopía lúcida y no casual.

Tres decenios más tarde, en otras circunstancias históricas y nacionales, la idea tolstoyana se hizo realidad. Tenemos en cuenta al movimiento bajo la dirección de Gandhi en India. Mahatma Gandhi modificó por cierto la fórmula de León Tolstoy. Si Tolstoy llamaba a la no resistencia al mal por medio de la violencia, Gandhi defendía la estrategia de la resistencia al mal por medio de la no-violencia. Dicho con otras palabras, Gandhi ocupaba una posición más activa y ofensiva. En este sentido Tolstoy estaba más cerca al Buda que Gandhi. Esta paradoja es muy propia a la vida misma.

Tolstoy partía de la tesis de que cuanto más domine el bien en las relaciones entre los seres humanos, tanto menos espacio quedará para el mal. Gandhi suponía que mientras menor sea el volumen del mal, tanto mayor espacio ocuparía el bien. Ambos resistían al mal, pero proponían distintos métodos de lucha.

Una posición antagónica ocupó el conocido pensador ruso Iván Ilyn. Quince años después de la muerte de L. Tolstoy, en su exilio de París, Ilyn publicó un ensayo crítico dirigido contra la filosofía tolstoyana bajo el título "Sobre la resistencia al mal por la fuerza". El ideólogo principal de la Unión Militar General de Rusia, organización terrorista de los guardias blancos, consideraba que se puede resistir eficientemente al mal sólo por medio de la violencia. Para él, otros caminos eran vanos sueños o inclinación ante el mal, capitulación vergonzosa.

El destacado filósofo ruso Nicolás Berdiáev se levantó a defender a Tolstoy y calificó la posición de Ilyn como "anticristiana". Según su opinión, Tolstoy quiso adoptar el Sermón de la Montaña de Cristo llevándolo hasta el fin, para poner el bien a salvo del contagio de los malos medios, y en esto radica la grandeza y no la debilidad de Tolstoy. Al pronunciarse contra el mal desde las posiciones de la no-violencia León Tolstoy defendía lo humano en el ser humano sin esperar su transformación en un nuevo Dios-Hombre, ni en el "superhombre" de Nietzsche, ni en Hombre-Dios. En este sentido la utopía tolstoyana posee gran dosis de realismo.

Desde el día de la muerte del gran sabio pasaron casi 90 años, pero sus ideas de la no-resistencia viven hasta ahora. A decir verdad, los tolstoyanos reales son escasos, pero sus adeptos filosóficos son numerosos y actúan en muchos países. Así, por ejemplo, el camino de León Tolstoy lo siguieron, tras de Gandhi, pero a su propia manera, Kwame Nkrumah y sus seguidores en Ghana, Martin Luther King y sus amigos en los EEUU, Andrei Sajarov y Serguei Kovalev en Rusia. Y esto es natural, porque los seres humanos optan por el bien y admiten a la violencia sólo como un último argumento impuesto en la lucha contra el mal. No hablamos del género concreto del mal en este caso. Esto no tiene importancia aquí, porque la esfera moral prefiere conceptos abstractos. Al tocar la realidad, la moral se entrelaza inevitablemente con la necesidad pragmática y este encuentro cambia la situación de principio. No pocas veces el hombre se ve obligado a proceder pasando por encima de su sentimiento moral. Esta es la razón por la cual en su alma se realiza una lucha constante entre los principios morales y los intereses egoístas. Sería ingenuo suponer que estos choques no infrinjan heridas al alma, no mutilen la conciencia moral. Cada uno tiene que buscar y encontrar salidas de esta colisión.

El Nuevo Humanismo coloca la libertad de cada persona por encima de todo. Desde luego, el credo moral del nuevo humanismo excluye toda violencia y todo mal, defiende la vida y el bien, pero todo lo decide el mismo ser humano. Siguiendo a León Tolstoy, pero desde posiciones propias, el Nuevo Humanismo trata de dar una orientación ética general: humanizar la vida en la Tierra. Pero al mismo tiempo no quiere desempeñar un papel de policía o de juez. ¡Que cada uno desempeñe este papel para sí mismo o espere al Juicio final!

En las condiciones actuales no puede ser elaborada una receta común para todos los casos y para cada ser humano por separado. Más bien, debemos hablar de un surtido de instrumentos de la lucha contra el mal. Todo depende de las circunstancias, tradiciones y posibilidades reales.

Tal conclusión parece vana e inútil, porque no responde a la pregunta de cómo debe uno luchar contra el mal. Respondemos: pensar por cuenta propia. Actuar como nos dice el corazón y el alma, según los principios propios de la moral. Cada uno tiene la libertad de actuar como persona libre. Sólo así se afirmará el Nuevo Humanismo.

Existe una salida del reino del mal. Está abierta para aquel, quien hace el bien. Cuando uno hace bien, muere el mal. Esta salida es el humanismo. Y León Tolstoy es y seguirá siendo uno de los más eminentes humanistas en la historia universal.